

El Día de la Muerte de Catalina



Este 11 de noviembre es el 175° aniversario de la muerte de Catalina McAuley. No dejemos que sea sólo un día ordinario durante el cual brevemente recordamos la vida de Catalina y los eventos de su muerte. Que sea un tiempo sacramental cuando la gracia de su vida y muerte nos renueve y transforme a todas nosotras en su familia de la Misericordia, envueltas como cada una de nosotras está en el misericordioso misterio pascual de su vida y de su muerte.

Este año no puedo pensar en los eventos durante las últimas horas humanas de Catalina sin ver el rostro del pequeño Omran Daqneesh, el niño de cinco años de Siria, rescatado de entre los escombros de su casa bombardeada en Alepo el 18 de agosto. Omran guarda silencio, sorprendido, empolvado, ensangrentado, sentado en la ambulancia mirando su mano sangrienta y a nosotros.

La muerte humana de Catalina McAuley, que llega al fin de meses de tuberculosis es normal. El sufrimiento de Omran no es “normal”. Catalina sabía que se acercaba su muerte, y silenciosamente se preparaba a sí misma y a sus hermanas para esa hora, animándolas y simultáneamente haciéndose a sí misma más y más lo que siempre había creído ser, innecesaria y prescindible. La brutalidad del sufrimiento de Omran y la guerra misma no es “normal”, excepto en un mundo que se ha vuelto violento e indiferente hacia la realidad cruel en la vida de muchos niños.

El 11 de noviembre de 1841, Catalina no veía el rostro asustado y sangriento de Omran, pero había pasado toda su vida adulta acunando a los Omrans de Irlanda, sus niños sufrientes mirándola e implorando su misericordia humana. Teresa Byrn a quien Catalina había adoptado cuando era una bebé; el niño recién nacido de una madre que había muerto por el cólera, a quien ella envolvió en su chal y lo llevó a casa para ponerlo en una cama provisional en su propia recámara; los infantes abandonados en las calles; niñas descalzas en la escuela pobre en la Calle Baggot; “la pequeña Fanny” sin padre, una niña desconsolada a quien le envió un broche precioso y “seis besos . . . tan dulces de su Abuelita” (*Correspondencia*, 324); y a la huerfanita Mary Quinn que siempre se sentaba junto a Catalina durante las comidas en la Calle Baggot.

Todos éstos—y Omran—pueden haber estado silenciosos, espiritualmente, en el cuarto de la enfermería en el segundo piso en la Calle Baggot en la tarde y en el anochecer del 11 de noviembre, llevados allí tiernamente por Jesucristo.

De alguna manera ahora que conmemoramos este 175° aniversario de la muerte de Catalina, pidámosle a ella nos ayude a responder más generosa y desinteresadamente a los Omrans de nuestro mundo—los de Siria que sufren severamente, los niños hambrientos, las víctimas bombardeadas por las guerras de otros pueblos, los millones de refugiados, las niñas en la trata de personas. El tamaño y la forma de nuestra Misericordia actual tiene que ser tanto local como global; tiene que afectar nuestra propia vida diaria; tiene que reducir nuestros presupuestos y nuestros menús; tiene que colaborar con otros; tiene que ser internacional; tiene que dar, abogar, protestar, y dar testimonio; tiene que pedir el espíritu y la generosidad de Catalina McAuley; y tiene que implorar incesantemente la Misericordia de Dios.

El Día de la Muerte de Catalina

La agonía de Catalina empezó avanzada la mañana. Mary Elizabeth Moore, quien estaba presente, nos dice que cuando el Dr. William Stokes llegó, ella le dijo: “Pues bien, Doctor, la escena está llegando a su término”. Al llegar la tarde, ella estaba calmada y silenciosa. Cerca de las 5:00 p.m.

pidió que le pusieran una vela en la mano. Comenzamos las oraciones finales; cuando yo repetí una o dos que ella misma me había enseñado, me dijo con energía: “Dios te bendiga”. Cuando creíamos que los sentidos deberían de ausentarse y que sería bueno llamar la atención rezando en voz un poco más alta, ella dijo: “No se necesita, queridas, hablar tan fuerte; las escucho claramente. (CMcATM, 256).

Cualquier familia religiosa cuya fundadora, con su último aliento las llama “mis Queridas” no puede ser tan mala, no importa cuán severamente se juzgan a sí mismas algunas veces.

Las oraciones por los moribundos que Elizabeth y las hermanas rezaron al lado de la cama de Catalina deben haber sido las mismas oraciones que Catalina había siempre rezado al lado de la cama de una hermana moribunda, oraciones humanas sencillas pidiendo a Dios le ayudara en sus últimos momentos, y fortaleciera su confianza en la ayuda fiel y misericordiosa de Dios.

Pero, ¿cuál vela? ¿Era ésta la vela encendida que cada Hermana de la Misericordia había recibido en su recepción como novicia, y que ella llevaba cuando profesaba sus votos? Y ¿qué significaba cuando Catalina la tenía en su mano moribunda? ¿Era un signo sacramental, la petición humana ardiente que Cristo la Luz viniera y la acompañara en los últimos pasos de su peregrinación humana? ¿Era un reconocimiento del misterio pascual en el cual ella estaba por entrar más plenamente que antes, la muerte y resurrección de Cristo? Conforme su mano se debilitaba y su vista se oscurecía, Catalina pidió una vela más pequeña, pero no sabemos por cuanto tiempo fue capaz de sostenerla. Luego a “10 minutos antes de las 8... ella dio con calma, su último suspiro”.

Más tarde, en el cuarto de comunidad, las hermanas se consolaban unas a las otras, como Catalina lo había deseado.



Hoy al recordar la muerte de esta buena mujer, recordemos y consolemos también a los Omrans del mundo, como Catalina también hubiera querido. Tomemos en nuestras propias manos la vela de las acciones misericordiosas y acompañantes por quienes ella dio su vida, y para quien ella nos insistía cada día— “hasta que nosotras” como ella, “demostremos el último paso que nos llevará a la presencia de Dios”. (*Dichos Prácticos*, 23).

Una vez Catalina dijo de dos niñas sirvientas sin casa que no podía recibir las en la Casa de la Misericordia porque ya no había lugar: “sus rostros abatidos han estado ante mí desde entonces” (*Correspondencia* 322). Hoy cuando contemplamos a Catalina en el acto sencillo de su muerte, busquemos más y más maneras de consolar a los niños que sufren en nuestro mundo, como ella hubiera querido hacerlo. No olvidemos a todas las Teresitas y Fannys, Marías y Omrans--- todos los niños huérfanos, descalzos, desconsolados, hambrientos de quienes Jesús dijo una vez: “Dejen que los niños vengan a mí, y no se lo impidan, porque de los que son como éstos es el reino de los cielos” (Mat. 19,14). En este Año Jubilar de la Misericordia y siempre, seamos mujeres y hombres que llevamos “rostros abatidos” en nuestro corazón y que levantamos la vela de nuestra voz gritando en voz alta y cada vez más a todo el mundo: “Consuelen, consuelen a mi pueblo, dice tu Dios” (Is. 40,1).

Mary C. Sullivan, RSM